

Segunda parte

ENSEÑANZAS DE LA BIBLIA

72

Haz esto y vivirás (Lc.10,28)

Un doctor de la ley quería saber el camino del cielo y con qué obras poseería la vida eterna, y acercándose a Jesús, le preguntó: «*Maestro, ¿qué haré yo para alcanzar la vida eterna?*». El le dijo: *¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?* El doctor de la ley, dándose cuenta que el fundamento de toda perfección cristiana estaba en amar a Dios y al prójimo, le contestó rectamente diciendo: *«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón y, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo»*. Y Jesús le dijo: *Bien has respondido: «Haz esto y vivirás»*.

El queriéndose justificar, preguntó a Jesús: *¿Y quién es mi prójimo?* Jesús, con una com-

paración del hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y al que robaron e hirieron los ladrones, y luego fue atendido y socorrido con buenas obras por un samaritano que por allí pasaba, le enseñó a él a hacer otro tanto con los necesitados que hallare en el camino de su vida, y con estas obras de caridad lograría la vida eterna. *Haz esto y vivirás.*

Prójimo para nosotros es propiamente todo el que usa de misericordia con el necesitado, el que se acerca a él para socorrerlo..., y con este ejemplo del samaritano nos enseña y recomienda los ejercicios de caridad, como el servicio a los enfermos, la piedad que hemos de tener con los necesitados y menesterosos. Por tanto para alcanzar la vida eterna son necesarias las obras buenas.

73

Otra vez se acercó un joven a Jesucristo y le vino a decir en esencia la misma pregunta del doctor anterior: «*Maestro, ¿qué de bueno habré de hacer para conseguir la vida eterna?*»... Y El le contestó: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Me.19,17). Estos mandamientos –los diez de la Ley de Dios– se reducen a amar a Dios y al prójimo.

El joven que se acercó a Jesucristo era muy

rico, y como éste le dijera que él había observado todos los mandamientos desde su juventud, Jesús lo animó a seguir una vida de perfección vendiendo sus bienes y dándoselos a los pobres, y después le siguiese a El por el camino del desprendimiento, y así tendría un gran tesoro en el cielo.

Al oír esto el joven, se fue triste, porque tenía muchos bienes. Entonces fue cuando Jesús dijo: ¡Qué difícilmente entra un rico en el reino de los cielos!... Es muy grande estorbo la posesión de las riquezas temporales para alcanzar las celestiales. Las cosas del cielo no se alcanzan sino con el deseo, y todo lo que estorba el deseo, estorba de alcanzarlas.

74

Consejos de San Pablo a su discípulo Timoteo: «Es gran negocio la piedad si uno se contenta con lo que tiene. Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. Teniendo con que alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina... A los ricos de este mundo encárgales que no sean altivos ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios

que abundantemente nos provee de todo para que lo disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales y dadivosos, y atesorando para lo futuro, con que alcanzar la verdadera vida» (1 Tim.6-6 ss).

Muchos se pierden por no usar bien de las riquezas. Está bien el poseerlas para hacer buenas obras de misericordia con ellas, procurando no amarlas más de lo que conviene. El que se engolfa en las riquezas se pierde.

He aquí un comentario gráfico que les hará ver el gran peligro en que se hallan, si no usan de ellas lo necesario: «Si la mosca llegando a la miel, nos e metiere de pies en ella, pero tomare con la boca solamente lo que ha menester, saldrá libre y volará a otra parte. Pero si toda se metiere dentro de la miel, quedará presa en ella, y morirá».

Así el hombre que posee las riquezas temporales, y toma de ellas lo necesario para la vida, se librá de sus lazos, y podrá volar al cielo. Pero si sumiere en ellas con codicia, y las amare desordenadamente, será preso de ellas, y morirá mala muerte» (H. Pinto in Ez.).

Tengamos presente las lecciones de Jesucristo, quien nos dice: «*Si me amáis, guardad mis mandamientos*» (Jn.14,15), y El que nos dice que amemos a nuestro prójimo, nos dice

también: «*Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen*» (mt.5,44).

En consecuencia: Dios no quiere amor sin obras, pues las obras dan testimonio del amor. Por eso dice el adagio: «Obras son amores y no buenas razones». El apóstol Santiago dice claramente que la fe sin obras es una fe muerta. ¿Qué aprovecha que creas que hay Dios, si vives como si no hubiese Dios? Eso es tener nombre de cristiano, pero no vivir como un cristiano práctico.

75

Si alguno quiere venir en pos de Mi..., sígame
(Mt.16,24)

Jesucristo nos invita a seguirle por el camino de la cruz: «*El que quiera venir en pos de Mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame*». El seguimiento de Cristo, supone imitación de su vida, y para esto es necesario leer el Evangelio para saber cómo vivió y luego seguir su ejemplo. Seguir a Jesucristo es imitarle.

Tenemos, pues, que aprender a medir nuestra vida con la vida de Jesucristo, y si lo hacemos veremos lo torcido de nuestros corazones..., y nos veremos obligados a amar lo que El amó y a despreciar lo que El despreció. El escogió la pobreza, el abatimiento y la cruz.

Nace pobre, reclinado en duro pesebre, vive pobre y muere pobre, enseñándonos así el desprendimiento de las cosas de este mundo. El llevó una vida de mortificación, una vida santa e intachable...

Además, Jesucristo no sólo con ejemplos de vida, sino también con palabras y doctrina enseñó el amor a la pobreza y el menosprecio del mundo, y así en el sermón de la montaña dijo: *«Bienaventurados los pobres en el espíritu, los limpios de corazón, los que sufren, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los que padecen persecución por ser buenos..., porque de ellos es el reino de los cielos»...*

Jesucristo vino a enseñarnos el camino del cielo, y no fue por él de las comodidades y vanidades del mundo, sino por el del sacrificio...

76

Tuve hambre y me disteis de comer (Mt.25,35)

El cielo lo hemos de alcanzar con buenas obras. Jesucristo nos dice en el Evangelio que en el día del juicio final dirá a los buenos: *«¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo! Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de be-*

ber; forastero fui, y me disteis posada; desnudo, y me vestisteis, enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y vinisteis a verme.

Entonces le responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?... Y le dirá el Rey: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno, el más pequeño de mis hermanos; a Mi me lo hicisteis».

También dirá a los malos: «¡Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus mensajeros! Porque tuve hambre y no me disteis de comer... Y ellos responderán: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o enfermo, y no te asistimos? El les responderá: Cuando no lo hicisteis con uno de estos más necesitados, tampoco conmigo lo hicisteis. E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna».

Notemos que Dios nos dará el cielo especialmente por las obras de caridad. En los pobres en los enfermos, en los que sufren debemos ver a Jesús. El está como escondido bajo los harapos del pobre. «*Lo que hacéis a uno de estos a Mi me lo hacéis*».

futuro. El no prevé como nosotros, sino que lo ve..., mas la visión de Dios no presiona la voluntad del hombre. Dios nos da a todos la libertad para hacer el bien. La gloria, es cierto, Dios la da por eterna predestinación, pero no la alcanzarán los predestinados sin sus buenas obras. En el día del juicio Dios dirá a los justos: «*Venid y pasad al reino que os está preparado desde el principio del mundo*». Notemos que el reino está preparado por eterna predestinación, y para que entendamos que no lo alcanzaremos sin buenas obras, por eso habló luego de ellas diciendo: «*Porque tuve hambre y me disteis de comer...*»

La predestinación es sin nosotros en cuanto a su principio; pero no es sin nosotros en cuanto a la consecución del fin, pues sin nosotros no seremos glorificados. El Señor dijo a uno : «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*». Dios no quiere darte el cielo sin ti, ni tu lo puedes alcanzar sin El. En el desierto bien pudiera Cristo crear de la nada los panes, y hartar a las gentes que le seguían; pero quiso que los apóstoles se los ofreciesen.

En consecuencia: Aunque Dios puede darnos el cielo de balde, no quiere sino que noso-

tros trabajemos y hagamos algo y lo merezcamos, porque más honra es recibir la corona con méritos que sin ellos. Quiere que nosotros hagamos de nuestra parte lo que podamos, como los discípulos ofrecieron aquellos panes, Y El hará lo demás, que es lo principal, dando gracia, con la cual merezcamos por nuestras buenas obras el cielo. No quiere Dios hacerlo El todo, sino que también nosotros hagamos algo con que merecerlo.

No son nuestras obras de suyo bastantes para merecer la gloria; pero merécenla «ayudadas con la divina gracia». «*Siervos inútiles somos*» (Lc.17,10); pero ayudados con su gracia, somos hechos siervos provechosos. «La hiedra, que es hierba vil, arrimada a un árbol sube y crece hasta subir a lo alto de él; pero sin un apoyo queda arrastrada por el suelo. Nuestras obras, aunque de su cosecha son flacas y viles, si se arriman a Cristo, y se juntan con sus méritos, son de gran valor».

79

«*Nosotros somos trabajadores con Dios*», nos dice San Pablo (1 Cor.3,9), mas sin su ayuda no conseguiremos nada. muy poco hicieron Gedeón y los suyos cuando vencieron a Madán; pero quiso Dios hacer aquella victoria por Gedeón y por aquellos trescientos hom-

bres, y no por los cobardes y flacos que despidieron. Recordemos que Gedeón logró reunir un ejército de 32.000 hombres para dar batalla a los madianitas; pero el Señor dijo a Gedeón: *«El pueblo que llevas contigo es demasiado numeroso para que yo entregue en sus manos a Madián; podría gloriarse contra Mi Israel y decir: Es mi poder el que me ha liberado (Jue.7,2).* Y el resultado fue que terminó con la victoria, porque el mismo Dios le dijo a Gedeón: *«Con esos trescientos hombres que te quedan, os libertaré y entregaré a Madián en tus manos».*

Dios vence y alcanza las victorias, según aquello del apóstol: *«No yo, sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor. 15,10). Pero esta gracia y santidad no la da Dios a todos, sino a los que se disponen y usan bien de la gracia recibida.

Trabaja tú, que Dios pondrá lo demás. Haz de tu parte lo que debes, y Dios de la suya pondrá lo principal; y obrando entrambos, será vencido Madián y alcanzarás victoria.

80

«Todo se ha de atribuir más a la gracia que a tus obras; pero tampoco la gracia da el mérito sin nuestras obras, la cual, ayudando e incitando y moviendo, hacemos nosotros obras meritorias de vida eterna. “Aunque el eslabón

hiera en el pedernal y saque fuego, no prende si no se aplica la yesca". Así, aunque des con el eslabón del entendimiento en el pedernal, que es Dios, y saques lumbre de entendimiento y muchas centellas de perfecciones, nunca prenderán en tu alma si la yesca del amor de la voluntad no está de por medio. Aplicando tu voluntad, y usando bien del libre albedrío, merecerás el cielo con tus obras buenas». (P. Estrella).

81

Si quieres ser perfecto... (Mt.19,21)

Jesucristo quedó prendado de un joven rico al decirle éste que había cumplido los mandamientos de Dios, necesarios para alcanzar la vida eterna, y como el joven añadiera qué más tenía que hacer él, Jesús le contestó: *«Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme»* (Mt.19,26 ss).

La perfección exige desprendimiento del corazón de las riquezas temporales... y por eso vemos que San Antonio Abad, San Francisco de Asís, Santa Clara, Santa Isabel de Hungría y tantísimos otros, practicaron la vida de pobreza enseñada por Jesucristo. Mas no hay que

confundir la pobreza con la miseria..., y conviene saber que la pobreza efectiva no es un precepto o mandamiento que nos obligue con gravedad, sino que es un consejo evangélico, o sea, de libre elección de los que aspiran a la perfección evangélica.

«No es virtud la pobreza, sino el amor a la pobreza». Eligiendo la pobreza, Jesucristo la hizo digna de alabanzas y de honor. Cuando honramos a los pobres, en ellos le honramos a El» (Mt.25,40).

82

Para que tengamos ideas claras, conviene sepamos que en este mundo siempre habrá ricos y pobres, y que tanto al pobre como al rico los hizo Dios; siempre habrá diferencias de riquezas, de posición social, como siempre hay diferencia en la altura, en la edad, en el talento, en la facilidad de negociar y de hablar, etc. Lo que se debe evitar es que haya ricos epulones y pobres miserables...

En la Biblia vemos que Dios llama a algunos ricos «bienaventurados», y de otros dice: «*Ay de los ricos...*»... He aquí el elogio que de uno de ellos leemos en el Eclesiástico:

«Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa, y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién

es éste, y le elogiaremos?, porque ha hecho cosas admirables en su vida. El fue probado por medio del oro y hallado perfecto; por lo que reportará gloria eterna. El podía pecar y no pecó, hacer mal y no lo hizo. Por eso sus bienes están asegurados en el Señor; y celebrará sus limosnas toda la congregación de los santos» (30,8-11).

Dios nos da a todos la libertad para hacer el bien, y este rico es alabado por haberla empleado conforme a la ley de Dios; en cambio, el rico epulón la empleó mal, y se condenó, no por tener riquezas, sino por hacer mal uso de ellas.

83

«*Bienaventurados los pobres...*», dijo un día Jesucristo. Mas ¿qué pobres son estos? No precisamente los pobres de nacimiento..., ni los mendigos..., sino los «pobres en el espíritu», o sea, aquellos que tienen su mente y corazón desprendidos de los bienes de la tierra. No son precisamente bienaventurados los pobres por necesidad o por la fuerza, como ha sucedido en países bajo regímenes comunistas, cuyos gobernantes no han sabido «proporcionar a los ciudadanos la prosperidad y el bienestar», sino los de grado y voluntarios por amor a Dios, y los ricos que de tal manera poseen sus riquezas

como si no las tuvieran; es decir, los que tienen en ellas su corazón, sino en las que son riquezas eternas y celestiales.

Son verdaderamente pobres los que se hallan contentos con su suerte y sirven fielmente al Señor con sencillez de corazón, sufriendo con paciencia cuanto le ocurra de adverso en las cosas temporales.

La Iglesia ha heredado de Jesucristo el verdadero amor a los pobres, amor que ha dado origen a innumerables órdenes y congregaciones religiosas, que se sacrifican por lo pobres en hospitales, asilos y otras obras. Este amor a los pobres, por amor de Dios, es el que llevó a incontables personas a desprenderse de sus bienes, para hacer fructificar la caridad y llevar socorro a los desvalidos.

84

En consecuencia podemos decir, después de lo expuesto, que la preocupación excesiva por los bienes terrenos es perjudicial a la perfección cristiana y es más propia del espíritu pagano. Nuestro Señor nos lo advierte en el Evangelio: *«No os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos o que vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad primero el reino de*

Dios y su justicia; y todas las cosas se os darán por añadidura» (Mt.6,31ss).

Los apóstoles y primeros cristianos practicaron a la letra la pobreza, y estaban satisfechos teniendo alimento y vestidos (1 Tim.6,8). San Jerónimo nos dice: «No se sepulte vuestra alma en el oro; elévese más bien al cielo».

85

«El verdadero cristiano es pobre en dinero; pero rico en virtud; duerme más pacíficamente echado en la tierra, que el que tiene oro y descansa en la púrpura» (S. Beda, Ven.). ¿Quién es rico?, dice el poeta. El que nada codicia. ¿Quién es pobre? El avaro.

El pobre nada tiene y goza de la seguridad más completa; por el contrario, el rico y el poderoso temen siempre algún peligro (S. J. Crisóst.). No busquemos, pues, riquezas que habremos de dejar un día; si queremos bienes, vayamos en busca de los que hemos de poseer eternamente (S. Greg. Magno).

¿Por qué algunas Ordenes religiosas cayeron en relajación? Por las riquezas. Al mismo tiempo que entra en un claustro el dinero, salen el espíritu de Dios, los bienes de la gracia y la vocación del cielo... Si examinamos las causas de muchas defecciones, éstas provienen de

la vida de comunidad, del regalo, de la poca mortificación y entrega a Dios...

86

¡Ay del que dice: voy a hacerme una gran casa... (Jer.22,12 ss)

Dios reprende por el profeta Jeremías al que sueña en edificar una gran casa y soberbios edificios como si fuera a vivir eternamente sobre la tierra.

«Vanos son y locos los que se jactan de grandes y suntuosas casas, y en esta vanidad consumen mucha hacienda y gasta el tiempo de esta breve vida. El ángel dijo a los pastores hablando del nacimiento del Salvador: *Halla-réis al Niño puesto en un pesebre*» (Lc.2,12). El pesebre donde estuvo el Señor reclinado condena estas vanidades mundanas.

No tuvo el Unigénito Hijo de Dios donde nacer sino un vil establo, ni casa propia en que vivir, y en la muerte fue sepultado en sepulcro ajeno, y tú, gusano de tierra, que has de morir mañana, ¿edificas grandes palacios y altas casas? El Creador de los cielos está en un rincón de la tierra, y «Aquel que tiene en un puño a todo el mundo» está en un pesebre llorando, ¡y quieres tu morar en soberbios palacios de mármol! Morador eres del cielo y huésped sobre la

tierra, ¿y labras suntuosos y solemnes edificios en este destierro?» (P. Estella).

87

San Pablo, hablando de los padres del Antiguo Testamento, dice: «*Por la fe moró Abraham en la tierra de promisión como en tierra ajena, morando en chozas con Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, porque esperaba aquella ciudad de fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*» (Heb.11,9). Todos sus fundamentos tenían puestos en aquella ciudad soberana de la gloria, para donde caminaban, y donde habían de morar para siempre.

¿Por qué detenernos en edificar grandes casas y palacios cuando hemos de estar poco tiempo en ellos por ir caminando a gran prisa para la muerte?

88

Tiempo vendrá, y «no se tarda» cuando los palacios de los reyes, las altas torres, fuertes castillos y todos cuantos edificios hay sobre la tierra, caerán y no quedará de ellos piedra sobre piedra. El mar cubrirá toda la tierra, como estaba en los dos días primeros del mundo, cubierta toda de agua; y entonces, ¿qué será de todo cuanto los hombres edificaron sobre la

tierra? Arruinadas sus obras, deshechos sus suntuosos sepulcros y caídos todos los edificios del mundo, estarán los unos en perpetuo descanso y los otros en tormento que nunca tendrá fin... *Vanidad de vanidades* buscar la memoria de este siglo.

Pluguiese a Dios que el cuidado que pones en hacer en este mundo transitorio soberbios edificios, que le pusieses en edificar casa en el cielo.

Esta peregrinación presto se acaba, pero aquella morada durará para siempre. Breve es la vida del hombre, y pues tan poco has de estar sobre la tierra, no te fatigues tanto por andar como niño haciendo casillas de barro y de tejuelas, pues te creó Dios para aposentarte en los palacios del cielo, donde para siempre moras y vivas. Desprecia estos hormigueros del mundo por los suntuosos y anchos aposentos del cielo... y recuerda el dicho del apóstol: «*No tenemos aquí una ciudad fija, sino vamos en busca de una que es eterna*» (Heb.13,14)

89

Anda en mi presencia y sé perfecto (gén.17,1)

Esto dijo Dios a Abraham, y en realidad, si pensáramos que Dios nos ve, «nunca o casi nunca pecaríamos» (Santo Tomás). «*Los ojos*

de Yahvé están en todas partes, observando a los buenos y a los malos» (Prov. 15,3). Y por eso dice el salmista: «¿A dónde irás que te alejes de su presencia?» (Sal.138,7).

«Los ojos del Señor contemplan toda la tierra» (2 Cr.16). «La presencia de Dios es un remedio contra todos los males» (S. Basilio). «Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! ningún lugar hay fuera de este Ser infinito» (S. Bernardo).

José en Egipto se vio violentamente atacado de una tentación impura, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso: »¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?«.

90

Tenemos que ser justos no delante de los hombres, sino de Dios. A Noé, que era verdaderamente justo delante de Dios, dijo el mismo Señor: «A ti sólo hallé justo delante de mi entre todas las gentes» (Gén.7,1). De los padres de San Juan Bautista, dice San Lucas dice que «eran ambos justos delante de Dios» (1,6). No como los fariseos, cuyo afán era aparecer justos ante los hombres y ser alabados de ellos (Mt.23,5,28).

El que está a bien con Dios, fácilmente menospreciará todo lo que los hombres dijeren

falsamente de él y considerará como vanidad todos sus inicuos juicios y dichos de los hombres, estando bien con Dios.

El justo, si le alaban como si le vituperan, no se inmuta, pues si le alaban no le añaden nada a su virtud, y si le vituperan no le quitan nada. Lo que es, eso es delante de Dios.

Si alguno murmura de tu mala vida, el verdadero remedio es enmendarse del mal que se dice de ti con verdad.

91

Si todo el mundo dijese que eres un santo y merecedor de la gloria, ¿qué aprovecha todo eso para Dios que te ha de juzgar, si tienes dañada la conciencia? Y si todas las gentes te condenaren, siendo tu amigo de Dios, ¿qué perjuicio te pueden hacer aunque te reprueben? Ni lo que ellos reprueban es delante de Dios reprobado, ni todo lo que aprueban es a Dios acepto.

Vanos son sus juicios; no conocen los corazones; no saben los méritos del hombre, ni alcanzan lo interior del alma, y muchas veces son engañados. No dan ellos la gracia, no pueden dar la gloria, ni en su mano está condenarte ni poderte salvar. Dios dijo al profeta Samuel: *No juzgo Yo según el parecer de los hombres* (1 Sam.16,7).

No juzguéis y no seréis juzgados... (Mt.7,1)

Dice la Escritura: «*No ve Dios como el hombre; el hombre ve lo exterior; pero Dios mira el corazón*» (1 Sam.16,7). El juicio temerario se da cuando se cree firmemente sin suficiente motivo o fundamento, sobre el pecado o malas intenciones del prójimo.

Juzgar a los hombres es un acto tan serio que Dios se lo ha reservado para sí, porque El es el único que conoce las intenciones y pensamientos de los hombres, es decir, El es el que todo lo sabe y no se equivoca jamás, y puede, por tanto, dar un fallo justo sobre los actos de los hombres, ya que El los aprecia en su conjunto.

No debemos, pues, juzgar sin conocimiento de causa. ¿Qué sabemos nosotros pobres ignorantes, de lo que pasa en el interior de las almas? ¿Qué sabemos de los móviles, las dudas, las angustias e intenciones de cada uno? Y sin saber esto, ¿cómo atreverse a decir: «*Déjame sacar la paja de tus ojos, cuando tienes una viga en el tuyo?*»

Nosotros ciertamente no conocemos al que

juzgamos, porque no vemos su interior e ignoramos cuál ha sido su intención, intención que tal vez le justifica. Y si su crimen está manifiesto, tampoco sabemos si ha de arrepentirse o si se ha arrepentido ya, y si es uno de los que habitarán en el cielo.

En consecuencia, no debemos entremeternos en juzgar corazones ajenos. «*¿Quién eres tu que juzgas al siervo ajeno? A su señor incumbe juzgarlo*» (Rom.14,4).

La causa de los juicios temerarios son nuestros pecados. «*El insensato que sigue un camino, por lo mismo de ser insensato, cree que todos los hombres lo son*» (Ecl.10,3). El que acostumbra a mentir y engañar al prójimo cuando compra y vende, juzga y cree hacer lo mismo los otros compradores y vendedores. Por si mismo juzga a los otros.

El que es malo, las buenas obras de su prójimo las atribuye a mal fin, y no por otra razón sino por ser él malo o por la mala voluntad que le tiene.

No hemos de juzgar antes de tiempo, ni por sospechas y a la ligera.

Seamos prudentes en nuestros juicios: porque el mundo es muy malo, muy calumniador, inventa defectos, aumenta y los transforma; es muchas veces injusto, obra a menudo por odio y por venganza, por envidia, capricho o malicia...

«A mí muy poco se me da por ser juzgado de vosotros. El que me juzga es Dios» (1 Cor.4,3). Esto decía San Pablo, despreciando los dichos y pareceres de los hombres. Pues Dios es el que conoce los corazones, y el que nos ha de juzgar, y por lo mismo dice San Agustín: «No te debes vanagloriar cuando eres alabado, ni entristecerte por ser vituperado, porque ser detraído no es injuria, ni puede coronar la alabanza ajena».

En la hora de la muerte se verá quién es bueno o malo. No hagas mucho caso de los inicuos juicios y dichos de los hombres, mas antes procura de contentar a sólo Dios... No dejes el bien por el dicho de la gente. Vence todo respeto humano, y no hagas caso de todo lo que los hombres dicen, porque entonces no harás una obra que buena sea.

No te indignes ni recibas pena aunque algunos tengan de ti mala opinión. ¿Por ventura eres tú mejor que Jesucristo? Lee el Evangelio y hallarás escrito, que unos decían que Cristo era «samaritano y endemoniado»; y otros dijeron «no ser hombre de Dios, pues no guardaba la fiesta», y «cómo siendo pecador, podía ha-

cer tantos milagros»... Pues si del Salvador del mundo, siendo la misma santidad y bondad, había tan diferentes opiniones, ¿por qué eres tan soberbio, que siendo tú lleno de mil imperfecciones quieres que todos aprueben lo que haces?

Si del inocentísimo Señor había contrarios pareceres, ¿por qué quieres tú que todos hablen por una boca canonizando tus obras? *Vanidad de vanidades*, y ésta es gran vanidad.

Ninguno es tan santo que su vida sea en este mundo loada de todos, ni es alguna obra tan justificada que los malos no murmuren de ella.

Mas es bueno tener cuenta con lo que se dice, porque si con verdad se murmura o dice mal de ti, te servirá de corrección y enmienda de tu vida, y si con mentira, te será causa de mérito, y aun de aviso para vivir con más cautela y recato.

Así debes vivir, y dar tan buen ejemplo de fuera, que *«aun los malos o adversarios se confundan, al ver nuestra buena conducta, no teniendo nada malo que decir de nosotros»* (Tit.2,8). «Para nosotros, decía San Agustín, es necesaria nuestra buena vida, y para los otros nuestra fama».

Es bueno tener buena fama, no por jactancia o vanagloria, sino por la edificación y provecho de los prójimos.

Buscad a Dios mientras pueda ser hallado
(Is.55,6)

El profeta Isaías exhorta a los exiliados a buscar a Dios ahora que puede ser encontrado, y a llamarle ahora que está cerca. Que los pecadores abandonen sus caminos y planes y se conviertan a Dios que es rico en misericordia y en perdón. Y le amonesta contra la confianza en Yahvé, cuyos caminos y planes son muy diferentes y superiores a los del hombre, y cuya palabra es poderosa para ejecutar lo que anuncia.

Esta palabra es comparada a la lluvia y a la nieve *«enviadas del cielo para hacer fructificar la tierra y proveer al hombre de alimento»*.

Buscad a Dios... *«Este es el tiempo de la salvación...»* (2 Cor.6,2). El pecador que se promete larga vida y vive mal, está en un error y debe hacer penitencia y no dejarla para cuando no podrá aunque quisiera hacerla, porque no puede disponer del tiempo, siendo propio de Dios. El Señor nos dice: *«Estad preparados, porque en la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre»* (Lc.12,40).

Según esto, sabemos que Dios ha de venir a tomar cuenta de nuestra vida, pero no sabemos cuando ha de venir; por eso hemos de procurar vivir bien en todo tiempo. «Si supieses cierto que uno de los de tu casa te ha de matar, te guardarías de todos ellos. Pues ten por cierto que uno de los siete días de la semana te ha de matar, y que en uno de ellos has de morir, y así debes guardarte de todos, y «pensar cada día que aquel es el último de tu vida».

98

El filósofo Séneca dice: «Muchos locos hay que piensan que son señores de la vida y que pueden cortar por ella a su voluntad, y que está en su mano poder vivir y morir cuando quisieren». Trazan de la vida como si fuera alguna pieza de paño, que cortan de ella capa, o sayo, o lo que quieren, diciendo: De esto has de cortar esto, y de lo que queda esto otro. Así estos locos dicen: Esto daré al mundo, y esto daré después a Dios convirtiéndome; y de esta manera trazan de la vida, como si fuesen señores de ella, así como lo son de la pieza de paño. Esta es grande vanidad.

Así estaba trazando de su vida aquel rico del Evangelio, prometiéndose muchos años, cuando oyó una voz que le dijo: «*Loco, esta noche te arrancarán el alma, y ¿en qué paran*

estos bienes que has acumulado y tus pensamientos?»

99

Muchos se jactan del mal que hacen, y así lo dicen los proverbios: «*Los malos dejadas las sendas rectas, van por caminos tenebrosos y se gozan en hacer el mal y se deleitan en la perversidad del vicio*» (13,14), es decir, se deleitan en sus culpas y no las sienten y por eso se alaban de ellas.

Se alaban de lo que les debiera afrentar y verse avergonzados... Van por el camino de la perdición, y si se condenan, ¿quién tiene la culpa, sino ellos mismos por perseverar en el pecado?

San Agustín dice: «Dios no abandona a nadie que no se abandone primero. Los pecadores, y sobre todo los pecadores por hábito, abandonan los primeros a Dios, y luego son abandonados».

para salir de los hábitos malos hay que resistir fuertemente, orar tener temor de Dios y mucha devoción a la Virgen... y siempre huir de la ocasión.

No tardes en convertirte al Señor... (Eclo.5,8)

Dios nos dice: *«No tardes en convertirte al Señor, y no lo dejes de un día para otro... No digas: Grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores...»* (Eclo.5,6-8).

Luego ¿qué deberé hacer? Hacer penitencia, o sea, vivir arrepentido, confesarme bien de mis pecados, pues no tenemos cierta una hora de vida. No hay que dilatar la penitencia para la hora de la muerte, porque ésta vendrá cuando menos pensemos. Descuidado estaba Baltasar, rey de Babilonia, comiendo y bebiendo, cuando de repente vino sobre él la sentencia de muerte. Así serás salteado de la muerte cuando no tengas tiempo de hacer penitencia en castigo del descuido en que estabas en la vida. A los Ninivitas dijo Jonás: *«De aquí a cuarenta días Nínive será destruida»*. Aquellos de Nínive, teniendo cuarenta días de vida, hicieron luego penitencia sin esperar al último día, pues ¿por qué tu no harás luego penitencia, ya que no tienes un día ni una hora cierta de vida? *«Los ninivitas se levantarán contra ti en el día del juicio, y condenarán tu negligencia»*.

La «conversión» es reanudar la amistad con Dios, es la vuelta a Dios de aquellos que se han alejado de El por el pecado..., de aquellos que quizá hayan llegado al fondo de la perversidad, que no cumplen los mandamientos de Dios, ni se preocupan de ellos, ni de leer las Escrituras Santas o un libro espiritual..., ni piensan en el «más allá»...

Muchos han perdido la fe..., y Dios aún les espera con amor, y hace *«como que no ve sus pecados por esperarlos a penitencia»* (Sab. 11,24), y como dice el profeta Isaías a los que añaden pecados a pecados: *«Os está esperando Yahvé, para tener misericordia de vosotros»* (30,18). *«Convertíos pecadores y practicad la justicia delante de El... y tendrá misericordia de vosotros»* (Tob.13,18).

¡Cuánta necesidad tenemos de la conversión! Mas muchos la dilatan «para más adelante», y no ven que esta dilación es peligrosa, porque nadie puede disponer del tiempo futuro, y es además «criminal». Los que viven mal quieren convertirse; pero ¿cuándo? Cuando los deje el mundo y los obligue a ello los reveses de fortuna o las desgracias de la vida... El que

quiera seriamente salvarse debe dejar cuanto antes las cosas de este mundo, los placeres..., porque ellos no le dejarán...

El voluptuoso quiere dejar el vicio de la impureza y amar a Dios..., pero ¿cuándo?... El iracundo, el soberbio, el avaro..., quieren convertirse, pero ¿para cuándo lo dejan?... Cuando han pasado toda la vida pecando quieren ofrecer a su Dios los desperdicios de una vida relajada..., y así deben temer que no beban las heces del cáliz de la ira de Dios, según aquellos del salmista: «*Sus heces no están acabadas, beberán todos los pecadores de la tierra*» (Sal.74,9).

Muchos son los que ofrecen al mundo lo más hermoso y mejor de su vida como a su señor, y guardan para Dios lo vil y desechado de ella...

Todo el tiempo que no se gasta para Dios, es tiempo perdido...

No desperdicies el tiempo. «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy» (S. Ignacio).

¡Se vive una sola vez! y la hora pasada no vuelve. «*No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos.*»

Por consiguiente, mientras disponemos del tiempo, hagamos el bien» (Gál.6,9).

No yo, sino la gracia de Dios conmigo
(1 Cor.15,10)

San Pablo, antes de ser apóstol de Jesucristo y por lo mismo antes de ser santo, hizo esta confesión pública: *«Fui blasfemo y perseguidor violento de la Iglesia de Dios, que no merezco llamarme apóstol, mas por la misericordia de Dios lo soy, y es verdad digna de todo acatamiento que Jesucristo vino a este mundo a salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero»* (1 Tim.1,15; 1 Cor.15,6 ss), y por la gracia de Dios soy el que soy, y su gracia no ha sido vana en mi, antes me he afanado más que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo».

Como vemos Saulo, el perseguidor de la Iglesia, pasó de pecador a Santo y fue luego el gran apóstol San Pablo, y este cambio fue obra de la gracia de Dios. Notemos que este apóstol fue pecador y sentía las pasiones de la carne, y por eso dijo un día: *«¿Quién me libraré de estas tentaciones?: la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo»*; y por eso añadía: *«No yo solamente, sino la gracia de Dios conmigo»*. Luego cada uno puede decir: con la gracia de Dios, o sea, con su ayuda y mis esfuerzos conseguiré el cielo, la vida eterna. Es necesario,

pues, que la gracia de Dios y la voluntad del hombre vayan unidas para conseguirla.

104

El tema de la «gracia» y su valor es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra *para que las almas tuvieran vida* (Jn.10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia. Mas ¿qué entendemos por Gracia?

Ante todo, en un sentido amplio, podemos decir que por «gracia» entendemos cualquier don o beneficio de Dios, que puede servir para nuestra felicidad *terrena*, vg. la creación, la vida, la salud, la educación cristiana, etc. y todos los favores, que el Señor nos ha concedido durante nuestra vida, son otras tantas gracias, que están pidiendo nuestro continuo y más profundo agradecimiento. Toda «gracia», como su nombre indica, es un don que nos concede «gratuitamente».

San Agustín lo dice así: «La gracia se da gratuitamente, porque si no fuera gratuita, no sería gracia».

Mas aquí por «gracia» queremos significar un don «sobrenatural», una ayuda que Dios nos concede para santificarnos y alcanzar la vida eterna.

Para que entendamos bien la doctrina de la «gracia», conviene saber que hay dos clases de gracia: 1) *La gracia actual*, que tiene el carácter de un *auxilio o socorro transitorio* con el cual Dios *ilustra* nuestro entendimiento y *mueve* nuestra voluntad para obrar el bien y evitar el mal. Vg. una muerte repentina, un buen libro, un buen ejemplo, un sermón, unos ejercicios espirituales, etc. son gracias que nos incitan y mueven a obrar bien y salir del pecado. 2) *La gracia habitual* es la que permanece en el alma como un hábito, y nos justifica borrando los pecados. Esta es una gracia que nos hace pasar del estado de pecado al estado de gracia, es la que nos comunica una vida sobrenatural y nos hace santos y gratos a Dios.

Cuando el alma está limpia de pecado, es cuando habita en nosotros la gracia santificante, la que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo. (Véase mi libro: «*Vive en gracia*»).

Con la gracia debemos cooperar nosotros para poder alcanzar la vida eterna. Tengamos pues presente el dicho de San Pablo: «*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Cor.15,10). El que se apoya en sus propias fuerzas viene a

sucumbir. No te apoyes, pues, en ellas; no presumas de valiente. La historia nos habla de cómo Dios ha domado la vanidad de muchos hombres que confiaban en sí, preciándose de valientes, derrocándolos con cosas pequeñas.

San Pedro presumía de valiente, y le pareció que, aunque todos faltasen a su Maestro, que él no faltaría, y que moriría por El si fuese necesario. Mas el Señor le mostró cuán vana era su presunción cuando permitió que por una mujer de vil condición y oficio, pues era sierva y portera, fuese vencido el príncipe de la Iglesia, que presumía de valiente y esforzado.

Con grande soberbia llegó el gigante Goliat preciándose en su valentía y grandes fuerzas de su persona; y quiso nuestro Señor que un pastorcillo, que nunca tuvo armas, por apoyarse en El (al decir: *«Tu vienes a mi con espada, lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de los ejércitos...»*), le cortase la cabeza con su propia espada.

107

El hombre tiene que vivir vigilante, fortificar su voluntad y apoyarse en Dios para no sucumbir a las tentaciones. Aquel es de grandes fuerzas, que resiste fuertemente a los vicios. Aquel es fuerte caballero y bien armado, que doma su carne con las armas de la continencia.

Habiendo en nosotros una continua lucha entre el espíritu y el cuerpo, según el dicho de San Pablo, que *«la carne guerrea contra el espíritu y el espíritu contra la carne»* (Gál.5,17), es necesario fortificar el espíritu y debilitar más el cuerpo, es decir, darle a éste lo necesario, no banqueteadando y alimentándole más de lo debido.

Cuanto más fuerte fueres en el cuerpo, tanto más debes temer que el espíritu ande vencido. Siendo contrarios estos dos enemigos, las muchas fuerzas del uno serán causa de su victoria y de la caída del otro. La experiencia nos enseña, que comúnmente los que son más fuertes en el cuerpo son más flacos y enfermos en el alma. El Apóstol dice: *«Cuando estoy más enfermo, soy más fuerte»* (2 Cor.12,19). *«Cuando en el cuerpo estaba más enfermo, estaba más fuerte en el alma»*. Y por el contrario, los que tienen mayores fuerzas corporales suelen ser más enfermos y flacos en las cosas espirituales.

No te precies, dice el P. Estella, de estas vanidades; mas conoce que eres flaco y pecador, y sujeto a necesidades, y vencido de cosas flacas.

El reino de los cielos padece violencia (Mt.11,12)

La vida es una batalla, una lucha, como dice el santo Job, y esta batalla dura cuanto dura la vida, y los esforzados son los que conquistan el cielo, pues para conseguirlo hay que violentarse. El mundo nos combate con sus vicios, y es necesario resistir a las tentaciones para no caer en ellas, y a su vez rezar y decir: «Señor, no nos dejes caer en la tentación», y con su ayuda venceremos.

«De muchos, dice Kempis, es comenzar, de pocos acabar, y de muy pocos llegar a la perfección. O nos vamos tras la carne, o nos alzamos con la soberbia o desfallecemos en las adversidades. Pocos son los que buscan a Dios puramente, dejándose a sí mismos. La perfección es cosa muy rara, y arduo negocio es vencerse el hombre a sí mismo».

«El que no trabaja por la virtud, no gozará de su dulzura. La virtud trae consigo el bien ajeno, y recrea al que obra bien. El que obra viciosamente engendra para sí mal fin, pierde la honra, destruye la holganza, halla dolor, acrecienta tristeza y quita el sabor del bien. El que se abstiene de las cosas lícitas, seguro estará de caer en las ilícitas».

«El que guarda estrechamente el silencio, no ofenderá con su boca. El que de buena gana se esconde y calla, muy lejos está de mentira y de contienda, de detracción y maldición y de ira y murmuración. El que no oye cosas malas no ve vanidades, más fácilmente las evita, y no se acuerda de pensar en cosas semejantes. la guarda de sentidos es guarda de pureza, disciplina de paz y cámara de devoción. Cuando viene la ira, se aparta la sabiduría del varón prudente».

109

«El que resiste a los vicios cuando comienzan y parecen pequeños, fácilmente los vence antes que crezcan. El que se da a devotos ejercicios orando y meditando las cosas celestiales, es semejante al sabio hortelano que planta rosas y lirios en su huerta. Cuando entra el amor de Dios, se apartan de nuestro corazón todas estas cosas transitorias. El fin de todas las cosas es la muerte, la carne hedionda y la ceniza. Aunque uno más se ensalce, no es nada porque todo lo quita la muerte. Dichoso el peregrino que tiene *su casa en el cielo* (2 Cor.5,1).

En esta vida es necesario que seas probado con muchas tentaciones, y que las venzas, si quieres entrar en el reino de Dios (Tob.12,13). Con las tentaciones somos conocidos y sabe-

mos si tenemos a Dios o no. Así lo dijo Dios a su pueblo de Israel: «*Os prueba el Señor Dios vuestro para saber si le amáis de todo vuestro corazón y voluntad*» (Dt.13,3).

Este mundo es un horno donde arde siempre el fuego» de la tentación y adversidad, por el cual necesariamente hemos de pasar. Así como «el horno prueba los casos del alfarero», así el hombre es probado por las tribulaciones. «*Pelea contra el demonio, el mundo y la carne, pues para esto te puso Dios sobre la tierra, para que, peleando, vencieses y merecieses, venciendo, la vida eterna*».

Ya Horacio, poeta lírico latino, dijo: «Ninguna cosa grande se alcanzó sin mucho trabajo». Y ¿en tan poco tenemos el cielo, que pensamos que no es necesario pelear, trabajar y vencer para alcanzarle? Tengamos presente que Cristo nos dice: «El reino de Dios padece fuerza y con violencia se alcanza». No tenemos más remedio que vivir alerta contra los enemigos de nuestra alma para salir vencedores.

110

Acuérdate de los novísimos y no pecarás
(Eclo.7,40)

El Papa Pablo VI dijo: «De los novísimos

hablan pocos y poco.

El Concilio, sin embargo, nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleó reticencias» (Mt.22,13;25,41).

La mayor dicha del hombre es vivir en gracia o amistad con Dios. Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim.1,15), vino para que las almas tuvieran vida (Jn.10,107) la vida de la gracia o vida sobrenatural.

Lo opuesto a esta vida es el pecado mortal, y el pecado se comete cuando uno quebranta los mandamientos de Dios, y así lo dice San Juan: «*Pecado es la transgresión de la ley de Dios*» (1 Jn.3,4).

Por consiguiente, cuando uno mata a otro, cuando blasfema o comete actos impuros o no santifica las fiestas oyendo el santo sacrificio de la Misa, comete un pecado mortal, y si no se arrepiente y muere en él no podrá entrar en el cielo, porque Jesucristo nos dice: «*Si quieres entrar en el cielo, guarda los mandamientos*» (Mt.19,17). «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo*» (Ecl.12,7).

Esta es la razón de ser del hombre, para esto ha sido creado por Dios.

El gran remedio contra el pecado es tener presente los «novísimos», y así lo dice la Sagrada Escritura: «*Acuérdate de los novísimos* (o sea, de tus postrimerías) *y no pecarás jamás*».

El Concilio Vaticano II nos dice que estamos en la tierra de paso y que hemos de tener presentes los «Novísimos», o sea, lo último que nos ha de suceder a cada uno.

«La Iglesia es peregrina sobre la tierra y en el tiempo. Existe una vida futura..., y tenemos que vivir preparados para ella. «*Estad preparados*, nos dice Jesucristo, porque en la hora menos pensada vendrá el Hijo del hombre» y tendremos que dar cuenta de lo bueno o malo que hayamos hecho.

Si queremos saber vivir, tenemos que aprender a morir.

La Escritura Santa nos dice: «*Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá*» (para que ordenes mejor tu vida) (Eclo.14,12-15).

El cardenal Baronio puso en su anillo esta inscripción: «*Memento mori*» «Acuérdate que has de morir». Tengámosla presente también nosotros.

«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal.88). Moriremos todos. Nada más cierto que la muerte, pero nada más incierto que el día y la hora en que hemos de morir. El recuerdo de la muerte sólo es triste, «para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas y su bienestar y todo le sonríe» (Eclo.41,1) y se cree eterno sobre la tierra.

Moriremos, pero no todo termina aquí. «No estéis tristes, dice San Pablo, como los que no tienen esperanza de la vida eterna» (1 Tes.4,13). «Dios creó al hombre para la inmortalidad» (Sab.2,23). «Esta decretado morir una vez, y después de esto el juicio» (Heb.9,27). Todos somos administradores de los bienes materiales y sobrenaturales que Dios nos ha dado, y un día nos dirá: «*Dame cuenta de tu administración*», y entonces se verá en qué o cómo hemos empleado nuestros talentos y dones recibidos de Dios...

¿Existe el infierno? Muchos no quieren que se hable de él; pero tenemos que hablar de él, porque no es una fábula, sino una tremenda realidad, y porque Jesucristo nos habla de él con frecuencia en el Evangelio, y además debe-

mos hablar de él, porque podemos pecar, cometer un pecado mortal y caer en él.

Jesucristo habló claramente del infierno, porque en el Evangelio nos dice que un día dirá a los impíos: «*Apartaos de Mi, malditos, al fuego eterno... y éstos irán al suplicio eterno*» (Mt.25,41 y 46). Muchos dicen: Dios es Padre y no puede castigar con un infierno eterno. Dios, ciertamente, es Padre, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con El y blasfema y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición.

También dice Jesucristo: «*Los justos irán a la vida eterna...*» (Mt.25,46)... y debemos vivir con la esperanza de una mansión eterna en el cielo» (2 Cor.5).

114

Pensemos en la muerte. No pensar en la muerte es una locura. El pensamiento de la muerte es muy ventajoso, porque el que piensa con frecuencia que ha de morir, no apega su corazón a las cosas de este mundo, que un día no lejano ha de dejar a otros, y sabe hacer buen uso de sus bienes en provecho suyo y de los demás.

«Cuando llegue el día de nuestra muerte, dice San Gregorio Magno, ¿de qué nos servirá lo que hemos buscado con tanto afán? No bus-

quemos honores y riquezas, puesto que habremos de abandonarlos. Si queremos bienes, busquemos y amemos los que hemos de poseer siempre; si tememos los males, temamos los que sufren los réprobos, que no tendrán fin».

No amemos las vanidades y engaños manifiestos del mundo. Muy cerca está el día en que te llamará la muerte y darán contigo en la sepultura y entonces ¿qué será de todas estas niñerías en que ahora te ocupas? ¿Qué aprovechará en aquella hora ser rico, ni grande, ni poderoso? Aprendamos a vivir bien porque se vive una sola vez. Para vivir siempre alegres y contentos, no nos apeguemos a las cosas de la tierra, porque todas las hemos de dejar aquí, pensemos que Dios nos tiene preparada «*una mansión eterna en el cielo*» donde gozaremos de toda clase de bienes sin experimentarse mal alguno. «*No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*» (Heb.13,14).

115

Pocos son los días de mi existencia (Job.10,20)

¿Quién podrá decir cuántos males hacemos, y cuántos bienes dejamos de hacer en el curso de nuestra vida? Entramos en esta vida con dolor, vivimos con trabajo, y saldremos de

ella con temor. Desaprovechadamente vive en esta vida el que no se da prisa a juntar merecimientos con que viva en la vida eterna. A esta vida eterna debemos amar y aspirar por lograrla porque en ella se halla la vida verdadera, vida sin muerte, juventud sin vejez, gozo sin tristeza, paz sin discordia, voluntad sin injuria, y luz sin tiniebla.

No quieras larga vida, sino buena vida; porque mejor es la buena conciencia que todos los tesoros del mundo. ¿Por qué miras tanto por tu salud, y te regalas y cuidas? ¿Por qué eres tan solícito en lo que toca a tu persona? Dirás que por vivir mucho. Pues si tan amigo eres de vivir mucho, ¿por qué no haces por vivir para siempre? Si bueno es vivir muchos años, mejor es vivir infinitos años.

116

Maravillosa cosa es que, deseando tanto la larga vida, desees tan poco la vida eterna; y trabajando tanto por vivir mucho, hagas tan poco por vivir para siempre. Quieres vivir mucho tiempo. Mañana acabarás la vida, y morirás eternamente, porque procuraste de vivir a ti mismo y no vivir a Dios. ¿Quieres larga vida? Vive de manera que vivas después vida perpetua.

El que desea vivir mucho, desea la vejez, y

como decía Séneca: «La vejez es la misma enfermedad», y quien la desea quiere para si mucha desventura. Vanidad es querer vivir mucho tiempo y no querer vivir bien.

117

Todo sacerdote es entresacado de los hombres (Heb.5,1)

La dignidad sacerdotal no se aprecia hoy debidamente, y los fieles deben reconocer, como dijo San Ignacio Mártir, que está por encima de todas las dignidades y títulos del mundo, pues el sacerdote es «*el hombre de Dios*» (1 Tim.6,11), «*embajador de Cristo, dispensador de los misterios de Dios*» (2 Cor.5,20), «*sal de la tierra y luz del mundo*» (Jn.5,13).

El sacerdote es un elegido y entresacado de los hombres para bien de los mismos hombres, es «otro Cristo», el cual ejerce la misión de perdonar los pecados, consagrar o hacer presente a Cristo en el altar y predicar oficialmente el Evangelio.

«Grande es la dignidad del sacerdote, y ésta, como dice S. Pío X, requiere gran santidad de vida, y la exige para bien de los demás». Y San Jerónimo advierte: «La dignidad del sacerdote es grande pero su ruina también es grande si pecan. Alegrémonos por su eleva-

ción, pero temblemos por sus culpas». ¿Qué han de hacer los fieles, sino orar por los sacerdotes para que su conducta corresponda a tan alta dignidad?

118

Lecciones tomadas del Evangelio. 1) Cuando Jesucristo confirió a Pedro el Primado de jurisdicción sobre toda su Iglesia, le dijo por tres veces: «*¿Me amas más que éstos?*», y Pedro que había conocido su debilidad en negar a su Maestro, al decirle Este por tercera vez si le amaba, él se limitó a decirle «*Señor, tu lo sabes todo, Tú sabes que te amo*».

A Pedro le pidió Jesucristo una triple afirmación de amor por las tres veces que le había negado. La confesión del amor debe preceder al acto de conferir la autoridad; autoridad sin amor es tiranía. La condición de un buen gobierno es el amor.

119

2) *La mies es mucha, pero los obreros son pocos* (Mt.9,37). San Gregorio Magno comentando estas palabras dice: «Para una mies abundante son pocos los trabajadores...» Mirad como el mundo está lleno de sacerdotes (muchos obreros) y, sin embargo, es muy difi-

114

cil encontrar un trabajador para la mies del Señor; porque hemos recibido el ministerio sacerdotal, pero no cumplimos con los deberes de este ministerio. Pensad, pues amados hermanos, pensad bien en lo que dice el Evangelio: Rogad al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

La misión de la Iglesia, que es por su esencia misionera, es proclamar en todas partes el Evangelio o Buena Nueva de salvación. Juan Pablo II dice: «Después de 2.000 años de cristianismo el Evangelio está muy lejos de ser conocido y difundido en su integridad entre todos los hombres».

Tal situación depende de distintas causas, entre ellas la falta de misioneros. El mandato de Cristo: «*Id, predicad el Evangelio...*», sigue siendo más actual que nunca porque hay más de 3.000 millones que no conocen el mensaje de salvación. Y ¿qué podemos hacer para contribuir a resolver el problema misional? Ayudar a las misiones con nuestra oración y pidiendo al Señor que suscite muchas vocaciones sacerdotales, y ayudando con aportaciones económicas, porque hay que sostener catequistas, misioneros, escuelas e iglesias... para que el nombre de Dios sea conocido y honrado en todo el mundo.

3) *Echad las redes para la pesca...* (Lc.5,4). Jesucristo, después de haber enseñado a las muchedumbres, desde la barca de Pedro, le dice a éste: *«Navega mar adentro y echad las redes para la pesca. Pedro le contestó: ¡Maestro! Toda la noche estuvimos trabajando y no pescamos nada; pero, porque tu lo dices, echaré las redes».*

Pedro, hombre de mar, conocedor de la situación del mismo, le parecía inútil volver a echar la red, y al fin lo hizo en nombre de su Maestro, y ¿qué sucedió? «Lo hicieron, como Jesús les dijo, y capturaron tan gran cantidad de peces que se rompían las redes».

«Entonces hicieron señas a los que estaban cerca en la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas hasta casi hundirse. Al ver esto Pedro cayó a los pies de Jesús, diciendo: ¡Señor! ¡Apártate de mi que soy un hombre pecador. Pues el asombro se había apoderado de él y todos sus compañeros, por la pesca que había hecho».

Porque tu lo dices, en tu palabra echaré las redes.

He aquí la enseñanza que nos da: Que trabajamos muchas veces inútilmente cuando lo hacemos por nuestra cuenta sin contar con él.

Venid, retirémonos a un lugar desierto...
(Mc.6,31)

Todos debiéramos tener presente el ejemplo de Jesús, el cual, después de un constante trabajo apostólico quiere que sus apóstoles se retiren a la soledad a descansar y orar. Todos necesitamos a veces de un descanso, de un retiro, de unos ejercicios espirituales, porque éstos nos mueven a la reflexión, al examen de nosotros mismos y así orientar mejor y más provechosamente nuestra vida.

Pío XI en la «Mens nostra» (a.1929), dijo: «Hay una enfermedad gravísima de la edad moderna: la ligereza e irreflexión, que lleva extraviados a los hombres, la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas y placeres, que debilita y enreda en las cosas terrenas y transitorias, que no les deja elevarse a la consideración de las verdades eternas».

¿Cómo curar esta enfermedad? Con la medicina de los Ejercicios Espirituales.

Los ejercicios espirituales son el remedio de los tiempos presentes. Los más graves problemas que siempre han preocupado profunda-

mente al género humano, son los de su origen y de su fin, de dónde viene y a dónde va. Aunque sólo esto, añadió dicho Papa, fueran los ejercicios espirituales, nadie dejaría de ver la inmensa utilidad que de ellos puede reportarse.

Los «ejercicios espirituales» son una gracia especial, y icuántos se hallan privados de ella! Pablo VI habló también de estos ejercicios recomendándolos, y dijo que eran una práctica por una parte un poco olvidada, y por otra se advierte cuán necesaria hoy más que nunca es a toda clase de personas. Es un hecho que los negocios del mundo apartan demasiado nuestra mente de lo sobrenatural y no nos dejan pensar en el más allá, y por eso se impone el que hagamos unas breves reflexiones sobre dichas verdades eternas (Véase mi libro: «Ejercicios Espirituales»).

123

Jesús llamó a sí a los que El quiso... (Mc.3,13)

La vocación es un llamamiento que Dios hace a las almas de diversas maneras, y las llama a cierto estado de vida (los diversos estados de vida son: el sacerdotal, el religioso o estado de virginidad en el claustro o en el mundo, y el matrimonio). Antiguamente Dios habló a

Abraham y lo llamó para darle una misión, como otro día lo hizo con Moisés y los profetas..., y cuando se hizo hombre y vino a la tierra, eligió entre sus discípulos a doce, a los que llamó discípulos. Ordinariamente Dios se vale para nuestra vocación, ya por medio de los padres, de los sacerdotes o de otros medios, y éstos son: *Disposición* (condiciones físicas y morales), *intención recta* (el logro de la perfección, y *atractivos manifiestos, inclinaciones constantes...* En caso de dudas se debe consultar a personas sabias y experimentadas.

124

La iglesia hoy tiene necesidad de vocaciones para cumplir sumisión. Hay escasez y por eso el Papa pide sobretodo sacerdotes para todas partes del mundo... Las causas de que haya disminución de vocaciones son: *la falta de fe* (influyendo mucho el mal de los padres y los caminos y egoísmo de la juventud...); *el poco vencimiento de las pasiones*, el escaso conocimiento del valor de la virginidad. Ya dijo Jesucristo: «*No todos entienden esto* (la decisión de ser vírgenes), *sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), que se hicieron tales a sí mismo por el reino de los cielos.

El que sea capaz de esta doctrina que la siga» (Mt.19,11-12).

125

El celibato es joya y honor de la Iglesia y tanto éste como la castidad virginal encierra grandes excelencias y prerrogativas y su belleza es excelsa; pero las almas piensan poco en su valor y se dejan arrastrar de las pasiones... y ya tarde se dan cuenta que después de una pasión satisfecha, lo que queda es la vergüenza, la confusión y el arrepentimiento.

La virginidad es un don de Dios y que concede a los que lo desean sinceramente y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor, y ponen los medios de vencimiento: fuerza de voluntad, oración, huida de ocasiones, frecuencia de sacramentos...

126

Notemos que Jesucristo un día llamó a los que vio más aptos para el apostolado... y también llamó a Saúl y a Judas, y otros más fueron segregados y escogidos y terminaron siendo reprobados. Y ¿por qué? Porque no cooperaron al llamamiento divino... Dios llama y elige, pero cada uno debe cooperar a ese llamamien-

to con fidelidad y dignidad, y por eso el apóstol nos dice: «*Esforzaos en asegurar cada día más y más vuestra vocación por medio de vuestras buenas obras*» (2 Ped.1,10).

«Lo bueno que hacemos es del Dios omnipotente y de nosotros, porque El, inspirando nos previene para que queramos y nos acompañe con su ayuda para que no queramos en vano, sino que podamos cumplir las cosas que queremos» (San Greg. M.).

«Nadie que después de haber puesto la mano sobre el arado mire atrás es apto para el reino de Dios» (Lc.9,62). Esta es la ley de la vocación. Un sí total y definitivo.

127

¿Podrán los hijos desobedecer a sus padres cuando éstos se oponen a su vocación religiosa? Dios manda honrar a los padres y la ley natural enseña que deben ser reverenciados y obedecidos, pero cuando contradicen a la vida espiritual, o son impedimento de conseguir más alta perfección, pueden desobedecerles. Es justo que honres y ames a tus padres, por haber recibido de ellos más bien que de otros hombres; pero más debes a Dios, de quien recibiste más que de los padres. Has de obedecer a tus padres cuando sus mandamientos no son contrarios de lo que manda Dios.

En el Evangelio está escrito que Cristo nuestro Redentor reprendió al que, siendo llamado para seguirle, dijo que *quería primero sepultar a su padre*. Cuando aquel joven dijo esto aún vivía su padre, y quiso decir al Señor que después de la muerte de su padre lo seguiría, porque a su padre que era entonces vivo, no quería darle enojo ni desampararlo.

A todas las cosas ha de ser preferido el amor de Dios. Sólo en el caso de que los padres fueran ancianos y anduvieran achacosos y enfermos, y no tuvieran quienes los atendieran, fuera de un hijo o hija estuviera con ellos, deberían permanecer a su lado ejerciendo la caridad y así atrasar su ingreso en una Orden religiosa, si sentían verdaderamente llamados por Dios...

128

Dios ama al que aborrece el mal (Sal.96,10)

El mal existe..., se cometen crímenes, robos, actos impuros... ¿Quién crea el mal? En la Biblia leemos: «*Dios todo lo hizo bien*» (Gén.1,31). Luego el mal no procede de Dios. La causa de todos los males es el pecado (Gén.3,17) y nace del mal uso de la libertad del hombre.

La libertad es un don de Dios, que El nos

ha dado para servicio de la verdad y del bien, y no para hacer lo malo. La libertad humana es la que hace a todo hombre responsable de sus actos. El rey David al pecar dijo: «*Señor he pecado, he hecho el mal en tu presencia*» (Sal.51).

Algunos quieren echar a Dios cierta culpabilidad porque El previó el pecado con que se le ofendería; mas notemos que la presciencia divina, aunque sabemos que es infalible, cierta y eterna, no hace a Dios responsable del pecado del hombre. *Ver* no es obrar. *Saber* tampoco es forzar y violentar. Dios lo ve todo y lo sabe todo... Para Dios no hay tiempo futuro como para nosotros sino que todo está presente.

129

¿Por qué suceden las cosas? No suceden porque las vemos, sino que las vemos porque suceden. Dios las ha previsto o mejor dicho las ve «porque ellas habían de realizarse libremente». «Bueno es Dios, dice San Agustín, justo es Dios; puede salvar a algunos sin méritos porque es bueno; pero no puede condenar a nadie sin su culpa, porque es justo».

Nuestras inteligencias, pobres y limitadas, no conciben bien a esa inteligencia infinita, divina y eterna. El crimen que hoy se comete,

ese acontecimiento libre del hombre, Dios lo conoce...; pero notemos que el hombre goza del don de libertad, y por tanto el mal que él comete, puede no cometerlo, y Dios deja el hombre en su libertad, y por eso vemos que reprende y llama la atención por los profetas, y previene..., y cuando no se cumplen sus mandamientos, castiga. La permisión divina no hace a Dios autor del pecado. Si el hombre no fuera libre, podría decirse tal cosa; pero cuando Dios deja obrar libremente al hombre, entonces sólo el hombre es culpable.

El mal no es un producto de la creación de Dios, sino una infracción o quebrantamiento de la ley o voluntad de Dios.

Dios propiamente no permite el pecado, porque no lo quiere; lo que hace es dejarlo libre en las manos y el corazón del hombre.

130

¿Por qué el mal, por qué el pecado, por qué esos sufrimientos? Respondemos: Es un hecho que existe el mundo. Existe un orden presente y actual; y pretender que Dios deba excluir de él el mal y el pecado, es pedir otro mundo y es querer otra tierra y otros cielos; es querer otra humanidad, otro género de redención y salvación.

Hay un orden de la providencia que exis-

te... y a Dios, sabiduría infinita, no le vamos a pedir cuentas. «El vaso de arcilla no debe murmurar contra el alfarero que lo ha formado a su gusto»... Está bien que meditemos los misterios divinos... Dios aborrece infinitamente el mal y ama infinitamente la virtud. Hay amenazas y venganzas divinas... y por otra parte la permisión del pecado debe llenarnos de consuelo, pues de los males saca bienes...

131

¡Miremos al Calvario! «¡Oh feliz culpa, que nos mereció tal Redentor!» El sacrificio del Hombre-Dios encierra en sí mismo una grandeza y una dignidad divina e infinita. Dios se tributa a Sí mismo y a su justicia ultrajada un inmenso, un manifiesto homenaje, que el hombre pecador jamás podía tributarle.

Este sacrificio, la expiación de una Víctima divina, la inmolación del Hombre-Dios ha restablecido el orden aquí abajo. Este sacrificio revela la misericordia infinita de Dios, que vino a lavar nuestras iniquidades... y reconciliar los cielos y la tierra. ¡Esta es la gran obra del amor de Dios!

132

¿Podríamos señalar hasta dónde llega el

amor de Dios? El amor de Dios es incomprendible, porque es infinito. Es un gran misterio que Dios haya amado tanto al hombre pecador.

– Lo primero que Dios hizo, movido solamente por su amor –porque El no necesitaba de nada por ser eternamente feliz– creó la tierra para morada del hombre, y una vez adornada y embellecida con su atmósfera, con sus planetas, ríos, flores y frutos y con variedad de plantas y animales, estableció en ella al hombre, ser inteligente y único capaz de conocerle y darle culto.

– Todo esto es grande, pero lo verdaderamente grandioso es que este Dios Creador del mundo y del hombre, una vez que éste pecó y le ofendió, se compadeciese de él y se hiciera criatura, se hiciera hombre para redimir al hombre, naciendo de una mujer..., la más bendita y alabada entre todas las mujeres, por haberle cabido la dicha de ser Madre del Altísimo, Madre de Dios, o sea, de Jesucristo nuestro Redentor. Y si Jesucristo vino a salvarnos, si *«no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»*, ¿podrá éste dudar de su salvación? Si se condena es porque él quiere...

– Y ahora admiremos algo más grandioso de todo lo dicho, y es que Dios humanado se haya hecho PAN para que lo coma el hombre y viva una vida sobrenatural, la vida de la gra-

cia. El es el que lo ha dicho: YO SOY EL PAN VIVO bajado del cielo... El que come de este pan vivirá eternamente y yo lo resucitaré en el último día». Este es el pan... misterio de fe. El es el Emmanuel, Dios con nosotros, el Dios *escondido* bajo los accidentes de pan, que se halla en todos los sagrarios de la tierra.

133

«¿Qué he de dar al Señor por tantos beneficios como he recibido de El?» (Sal.116,12). ¿Qué más podía haber hecho Dios por nosotros? ¿No está lejos nuestro corazón de El? Que no se tenga que decir lo que un día dijo Jesucristo al pueblo judío: «Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de Mi» (Mt.15,9; Is.29,13).

No tengamos miedo en darnos a Dios. Tagore, escritor indio, dice una especie de parábola: «Era un rey (Dios) que se encontró con un mendigo. El mendigo esperaba algo del rey, pero éste se adelantó y le dice: ¿No me das algo? El mendigo preocupado buscó en su saco, y de entre las cosas recogidas sacó un granito de trigo para dárselo..., y en la noche al vaciar el saco halló «un grano de oro», y se dijo: ¿Por qué no le hubiera dado todo y así todo el saco se hubiera convertido en oro?»

Eleva tu mente a Dios y dale gracias cons-

tantemente «siempre y en todo lugar» conformándote con lo que dispone, sean bendiciones o contrariedades y dile: «*Señor, hágase tu voluntad*». *Amemos a Dios, porque El nos amó primero.*

134

Insiste en la lectura (de la Biblia) (1 Tim.4,13)
«Predica la Palabra...» (1 Tim.4,2)

San Pablo recomienda a su discípulo Timoteo que no deje de leer la Biblia, porque *«desde la infancia, le dice, conoces las Escrituras Sagradas, que pueden instruirte en orden a la salvación por la fe en Jesucristo. Toda Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia» (2 Ti.3,15-16).*

La lectura de la Escritura es de suma utilidad para la vida cristiana, principalmente para la formación del espíritu y la enseñanza de la fe. Tengamos en gran estima la Biblia por ser el primero y principal de todos los libros del mundo por ser el único inspirado por Dios. La Biblia nos revela ya desde la primera página la existencia de un Dios único, omnipotente y eterno..., y nos revela todo lo que podemos saber de El, de sus atributos... y de los grandes

misterios de la Trinidad, Encarnación y la Redención.

135

La Biblia o Sagrada Escritura es la «palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), una carta de Dios dirigida a nosotros. Si el Papa o un personaje ilustre nos escribiera una carta, ¿no sentiríamos avidez por abrirla y leerla para saber qué nos decía? Y siendo la Biblia una carta del mismo Dios, ¿no nos sentiríamos impulsados a leerla constantemente hasta conocer bien el mensaje que ha querido comunicarnos?

Y alguno dirá ¿quién nos escribió esta carta? Dios mismo es el que la ha escrito, pero no la escribió de su propia «mano», sino por medio de santos varones a quienes dio el encargo de comunicarnos sus pensamientos divinos. El fue el que inspiró y movió a los autores humanos para que la escribieran fielmente, es decir, «obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quiso» (DV.11).

136

Dios nos escribió a nosotros sus hijos esta carta, a nosotros que estamos en «tierra extraña para que no erremos en el camino que con-

duce a El», y por eso está escrita en lenguaje humano, y las cosas que nos escribió son las que atañen a la perfección y que miran a la vida futura. En la Biblia se nos habla claramente del cielo o vida eterna, y se nos indica el camino a seguir para llegar a él y salvarnos: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt.19,17).

Nuestro deber es apreciar la Biblia y tenerla en grande honor, porque su estudio nos lleva al conocimiento de Cristo, pues, como dijo San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

La Biblia es el libro de los libros, el más bello y el más elocuente. Ella nos enseña la malicia del pecado, la belleza de la virtud, el camino del cielo y nos recuerda a cada paso la promesa de la vida eterna.

Es menester reconocer que Dios nos habla en la Biblia, y justo es que le escuchemos y llevemos a la práctica sus enseñanzas. Y tengamos presente que la Biblia interpretada por el Magisterio de la Iglesia, y no por cada uno en particular, es la norma de nuestra fe.

Estamos en el mundo y los que quieren seguir el camino de la perfección tienen que aprender a vivir elevados sobre el mundo, y

esto lo conseguiremos todos mediante la lectura y la práctica de las enseñanzas de la Biblia.

El apóstol San Juan nos dice: «*No queráis amar al mundo ni lo que hay en el mundo*», porque lo que hay en el mundo y éste nos ofrece es «*concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida*» (1 Jn.2,15-16).

San Pablo también nos dice que «*la palabra de Dios está cerca de ti*» (Rom.10,8), es decir, la palabra que predicamos, por la que nos viene la fe (y por la que nos justificamos) está cerca de nosotros; pero nosotros debemos acercarnos a ella, debemos oírla, prestarle atención y llevarla a la práctica...

138

San Agustín, al final de su vida de pecado, reconoció que la Escritura llevaba al que la leyera a cambiar de vida y a ser un buen cristiano, y lo empezó reconociendo en el ejemplo de San Antonio Abad, quien al oír estas palabras de Jesucristo: «*Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme*» (Mt.19,21), y como este santo movido por estas palabras del Señor vendiera todos sus bienes y los repartiese entre los pobres, lo propio hizo también San Agustín, cuando andaba por caminos de impureza, al leer este mensaje

bíblico: «*No en comilonas ni en embriagueces; no en alcobas y deshonestidades, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo*» (Rom. 13,13-14), pues entonces dejó su vida de pecado y reconoció que Dios y sólo Dios es el centro de la felicidad, y exclamó: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

La lectura de la Biblia por contener y ser palabra de Dios, puede conducirnos a todos a la santidad de vida.

Advertencia: No sigo exponiendo más lecciones de tantísimas como nos da la Biblia, porque necesitaba hacer un libro muy voluminoso, y por lo mismo a los deseos de conocer mejor las enseñanzas bíblicas, recomendando a mis lectores estos libros míos: «La Biblia explicada» y «El Nuevo Testamento explicado»...

139

Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo (Mt.28,20)

Al revelar Dios su nombre a Moisés: *YO SOY, Yahvé*, el que es, el ser por esencia, del que dependen todos los seres de la creación...; y elegirle para libertador de su pueblo, le dice: «*No temas, Yo estaré contigo*» (Ex.3), y en efecto, Dios estuvo con Moisés en su encuen-

tro con el faraón, y en las diez plagas para que los dejara salir de Egipto, y cuando el faraón arrepentido de haberlos dejado ir en dirección al Mar Rojo, Moisés dijo al pueblo: «*No temáis; el Señor está con vosotros y peleará por vosotros*» (Ex.14,13-14), y luego en favor de ellos secó el mar para que pudieran pasarlo a pie enjuto...

Si recorremos la historia, veremos que Dios estuvo con Abraham, Isaac y Jacob..., y con José en Egipto y con David... y antes con los Jueces, cuando el pueblo se arrepentía y se volvía a El, y al elegir a Gedeón para libertar a Israel de los madianitas, Dios le dijo: «*Yo estaré contigo y derrotarás a Madián como si fuera un solo hombre*» (Jue.6,16).

140

En el Nuevo Testamento, sobre todo en la cartas de San Pablo, vemos que este apóstol suele terminar en muchas de ellas con esta expresión: «*La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros*» (Rom.16,20), y en la 2ª a los Corintios termina con las palabras con las que solemos empezar la santa Misa: «*La gracia de N.S. Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros*».

El saludo del ángel a María al anunciarle el

misterio de la Encarnación fue éste: «*El Señor es contigo*»... En las últimas palabras que Jesucristo dijo a sus apóstoles al subir al cielo les promete su asistencia: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*».

«*El Señor esté con vosotros*» en un verdadero saludo cristiano en el que no debemos ver una mera fórmula, sino un saludo que implica el deseo de que Dios bendiga y asista con toda clase de bendiciones a la persona que saludamos.

141

Desde los primeros siglos de la Iglesia, y especialmente en la Misa se mandó que varias veces el sacerdote saludara al pueblo con esta fórmula: *Dominus vobiscum* = *El Señor esté con vosotros*», cuya fórmula admitida en Oriente y Occidente, se consideró como de origen apostólico, y a tal saludo se debía contestar: «*Y con tu Espíritu*».

Veamos algunos ejemplos más de esta expresión en la Biblia:

– *Booz*, en Belén, al visitar a sus segadores les saludó así: «*El Señor esté con vosotros*», y ellos le dijeron: «*Yahvé te bendiga*» (Rur 2,4).

– *Jacob* al morir reunió a sus hijos y les dijo: «*Voy a morir, pero Dios estará con vosotros y*

os conducirá a la tierra de vuestros padres» (Gén.48,21).

142

En tiempo de Josafat, rey de Judá, se levantaron en guerra contra él los hijos de Moab y de Amón (moabitas y amonitas) en gran número, y al saberlo Josafat reunió al pueblo en el templo para orar, y él oró así: *«Dios de nuestros padres, tu eres el dueño de cielos y tierra, en tus manos está la fuerza y el poder. Nosotros no tenemos fuerza para resistir a tanta fuerza como viene contra nosotros. Nuestros ojos se vuelven hacia Ti»*.

Entonces un levita, Jajaziel, inspirado por Dios, se levantó en la asamblea y les dijo: *«No temáis ni desmayéis, el Señor está con vosotros. Salid de mañana contra ellos»*. Y ¿qué sucedió? Que al salir orando y cantando a Yahvé, Dios sembró discordia entre los enemigos y se mataron unos a otros, y al llegar al campo enemigo lo hallaron lleno de cadáveres (2 Crónicas 20,12-17). Dios estaba en realidad con ellos.

143

En la guerra emprendida por Judas Macabeo contra sus enemigos, sucedió también que

después de pedir el auxilio del Señor y leer el libro sagrado, dio a los suyos por santo y seña: auxilio de Dios», y porque Dios estaba con ellos, «*gracias a la ayuda de Dios omnipotente triunfaron*» como dice la Sagrada Escritura (2 Mac.8,23-24).

Pero notemos que Dios está con nosotros cuando nosotros estamos con El. Esto dijo un profeta (Azarías) a Asá, rey de Judá, cuando éste hizo lo recto a los ojos de Dios y destruyó los ídolos del país: «*Oye Asá y todo el pueblo de Judá, Yahvé está con vosotros, cuando vosotros estáis con El*» (2 Cr.5,2).

Y cuando Sesac, rey de Egipto, invadió la tierra de Israel en tiempo de Roboam, Dios le dijo a éste y a los príncipes de Judá por medio del profeta Semeyas: «*Vosotros me habéis dejado a mi, y por eso yo os he dejado en manos de Sesac*» (2 Cr.12,5), el cual luego los esclavizó.

144

Son muchos los ejemplos que nos demuestran que Dios no está con nosotros cuando nosotros no estamos con El. Mientras el pueblo era fiel a Dios, todo le sucedía bien, y sino recibía castigos.

Cuando mandó Moisés a los doce exploradores de la tierra prometida (uno por cada tri-

bu), sólo Josué y Caleb dijeron que era un país hermoso y rico y se opusieron a los demás que murmuraron contra Moisés y contra Dios y ante ellos y el pueblo que los seguía en su rebeldía, dijeron con valentía: «*¡Subamos, subamos luego!... La tierra que hemos recorrido es muy buena... Con nosotros está Dios y El nos hará entrar en esta tierra buena*» (Núm.13 y 14).

Los diez exploradores rebeldes con el pueblo murmurador fueron castigados por Dios, y andarían errantes cuarenta años, tantos como los días que duró la exploración, esto es, cuarenta años, contando año por día, hasta que murieran en el desierto.

145

Una vez que los diez exploradores infieles murieron de muerte repentina y de que Dios comunicase al pueblo que en el desierto yacerían sus cadáveres y sólo Josué y Caleb (con los de veinte años para arriba, que no habían murmurado contra Dios) entrarían en la tierra prometida, el pueblo quedó desolado; pero no faltaron quienes dijeran: «*Subiremos a la tierra de que nos habló Yahvé aunque hemos pecado*».

Díjoles entonces Moisés: «*¿Por qué queréis oponeros a la orden de Yahvé? Eso no puede*

saliros bien porque Yahvé no va con vosotros, y quedaréis derrotados por el enemigo, pues por cuanto habéis vuelto las espaldas a Yahvé, El no estará con vosotros» (Núm.14,41 ss).

Ellos temerariamente se obstinaron en subir a la cumbre del monte, pero el Arca de la Alianza de Yahvé y Moisés no se movieron de en medio del campamento, y fueron derrotados. ¡Dios no estaba con ellos!

Cuando uno no está con Dios, tampoco está Dios para ayudarlo (2 Cr.24,20) Para que todo nos salga bien, procuremos estar con Dios siendo fieles a sus mandamientos.

Dominus vobiscum
El Señor esté con vosotros

INDICE

PRESENTACION

Primera parte

SE VIVE UNA SOLA VEZ

Tenemos que aprender a vivir	7
Da sentido a tu vida	10
El problema de la vida	13
¿Dónde está la felicidad?	17
¿Cuál es el camino de la salvación?	22
Peregrinación de la vida	26
Pasa la gloria del mundo	31
El mundo pasa y su concupiscencia	35
Entrad por la puerta estrecha	39
No termina todo con la muerte	41
Caminamos a la vida eterna	45
Ama y haz lo que quieras	50
¿Qué es la santidad?	53
Jesucristo, nuestro modelo de santidad ..	58
La lectura de la Biblia	63

Segunda parte

ENSEÑANZAS DE LA BIBLIA

Haz esto y vivirás	69
Si alguno quiere venir en pos de Mí..., sígueme	73
Tuve hambre y me disteis de comer	74
Si quieres ser perfecto... ..	79
¡Ay del que dice: Voy a hacerme una gran casa...!	84
Anda en mi presencia y sé perfecto... ..	86
No juzguéis y no seréis juzgados	89
Buscad a Dios mientras puede ser hallado	93
No tardes en convertirte al Señor	96
No yo, sino la gracia de Dios conmigo ...	99
El reino de Dios padece violencia ...	104
Acuérdate de los novísimos y no perece- rás	106
Pocos son los días de mi existencia	111
Todo sacerdote es entresacado de los hombres	113
Venid, retirémonos a un lugar desierto ..	117
Jesús llamó a sí a los que quiso	118
Dios ama al que aborrece el mal	122
Insiste en la lectura de la Biblia... Predica la Palabra	128
Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo	132